



# Bibliografía

**MIGUEL EDUARDO PARDO.**— *Todo un pueblo.* — F. DOMINGO ACOSTA. — *La escondida senda.* — Caracas, Editorial Cecilio Acosta. 1941.

Hacemos nuestras las severas frases con que juzga estas dos obras de la Editorial Cecilio Acosta el ilustre literato colombiano Nicolás Bayona Posada en la *Revista Javeriana XVI (1941) 286*. Vienen a confirmar otras que nosotros hemos dictado en esta misma sección y que se juzgaron poco comprensivas y excesivamente severas.

“Tenemos que hacer hoy a la **Editorial Cecilio Acosta**, de Caracas, un reclamo justificado. Creemos, en efecto, que no ha debido incluirse en la espléndida selección de autores venezolanos que con aplauso general viene publicando tan simpática entidad, esa novela que con el título de **Todo un pueblo** escribió hace ya lustros Miguel Eduardo Pardo. Ni por el argumento (el viejo tema folletinesco de la seducción de una viuda por un tenorio entrado en años); ni por la pintura de los personajes, en quienes no hay muchas veces aliento humano; ni por el estilo, ya que el autor apenas fué un escritor correcto, ni muchísimo menos por la vargasvillesca introducción de Vargas Vila “con que se honra el libro” (y hay honores que deshonoran), merece la novela de Miguel Eduardo Pardo ser parte integrante de una colección que honra a Venezuela y honra a la América española

La Editorial Cecilio Acosta, de Caracas, acaba de lanzar al mercado con el nombre de *La escondida senda* (en 8º, 180 pag.) una colección de los principales escritos filosóficos de F. Domínguez Acosta. Teósofo exaltado, teósofo total, teósofo irrevocable, Domínguez Acosta se contradice tantas veces, se sitúa en regiones tan abstractas, expone teorías tan extravagantes, que no obstante su deseo ma-

nifiesto de conseguir para la teosofía nuevos adeptos, convence plenamente a sus lectores de que la famosa secta no es otra cosa que una agrupación de eterómanos”.

**REYES, ANTONIO.** — *Teresa ante la vida y en el verso.* Ediciones Perfiles, Impresores Unidos. Caracas, 1.941.

Varios meses ha que reposa sobre mi mesa de trabajo el nítido y pequeño volumen del escritor venezolano Antonio Reyes: “Teresa ante la vida y en el verso”.

Nunca como en la presente ocasión podemos usar mejor el calificativo de **rara avis** para endosárselo a una obra literaria venezolana. No que queramos, ni mucho menos, emplear la frase en el tono despectivo que tal vez suele a veces dársele. Sino que es la pura realidad que la aparición del libro que ahora nos ocupa ha venido a ser para nosotros algo inesperado e insospechado en nuestro medio.

Y ocurre preguntar, instintivamente, al tomar entre manos el volumen “Teresa ante la vida y en el verso”: ¿al lado de qué obra venezolana del mismo género puede colocarse este libro? Y la respuesta casi única, es ésta: al lado de ninguna, pues salvo una que otra excepción gloriosa, nuestros escritores, los que se autollaman a diario nuestros “intelectuales” o no han querido, o tal vez más exacto, no han podido ocuparse de trabajos literarios del tipo del que comentamos, y de tema poco a su alcance. Allá entre nuestros olvidados escritores clásicos, un enciclopédico Juan V. González, nos brinda páginas deliciosas sobre Santo Tamás de Aquino o sobre San Francisco de Asís, o sobre el Dante; y entre nuestros contemporáneos, alguien como el estimado amigo Dr. Mario Briceño Iragorry nos brinda hermosísimas páginas para su Discurso de incorporación a la Academia de la

Lengua, sobre la siempre nueva y atrayente figura del **pobrecito de Asís**. De modo que son esporádicas las producciones nacionales acerca de temas de elevadísimo valor cultural y artístico cual los ofrecen los hechos y los personajes del medio ambiente religioso cristiano.

Por esa misma falta de estudios de este género entre nosotros, nos cayó especialmente en gracia el libro de Antonio Reyes. Y encontramos justificadísimos los pocos párrafos con que, —como si el pobre hubiese hecho algo merecedor de reprehensión—, trata de justificar la publicación de aquellas páginas.

Nosotros, aficionados a esta clase de estudios, y que vemos en los escritores religiosos, —místicos y ascéticos— lo más genuinamente artístico de la grande y regia literatura española, saludamos alborozados la aparición de "Teresa ante la vida y en el verso". Por esto nos adelantamos, con tozudez casi baturra, páginas adentro por los catorce breves capítulos del libro. Catorce nada más, y breves, pero en los que cada párrafo, cada línea y frase, se nos ofrecen extrasaturados de ideas; donde un estilo afiligranado y robusto al mismo tiempo, nos ha exigido paciencia y constancia para poder asimilar todo su denso contenido. Dos y tres veces hemos tenido en ocasiones que releer un mismo párrafo, si habíamos de quedarnos satisfechos de haberlo entendido. Y esta es una de las pocas observaciones que respecto de la forma literaria del libro hemos de hacer: se le encuentran con frecuencia expresiones y frases retorcidas, torturadas, oscuras, incluso incorrectas, que hacen dificultosa la lectura placida y agradable. No sabemos si será falta de corrección y de lima en el estilo, precipitación en dar a la imprenta lo ya redactado, o efecto del afán de sintetizar en pocos párrafos lo mucho que en cada capítulo quería almacenar el autor. No dudamos por un momento siquiera que más de dos de los numerosos gazapos ortográficos y de concordancia que menudean en el libro, corren por cuenta del linotipista o del corrector de pruebas. Pero otros... La palabra "siliicio", por "cilicio", aparece repetida muchas veces, incluido el verbo "siliiciarse". En la página 75 encontramos la expresión literaria "literatura ascética-lírica", por "ascético-lírica". En la 53 se emplea el vocablo "disgrecciones", que no existe en el diccionario de la lengua, en vez

de "digresiones", según lo pide el contexto. Son repetidos los lugares en donde aparece el empleo del fastidiosísimo que galicado: "es por ello que..." etc., (pgs. 47, y 69...) En la misma página 47 leemos extrañados esta construcción: "Encontraba la oración y -la disciplina espiritual demasiado (?) sublimes..." Y en la 75, esta otra, también extraña: "Su vida misma —lo más íntimo de sus pensamientos— son (?) disecados...". Con bastante frecuencia se ha repetido ese mismo error de construcción en oraciones de estructura semejante.

Notamos estas incorrecciones, sin agotarlas, no por un afán de crítica menuda, o por alardear de puristas, sino porque deseáramos ver la obrita presentada con todos los atractivos de un lenguaje fácil y correcto. Y ahora que su autor va a ingresar en la Academia de la Lengua, nadie mejor que él podrá limpiar, fijar y dar esplendor a su propio lenguaje y estilo.

Con respecto al fondo del asunto, y a la manera de tratarlo, ya dijimos más arriba que "Teresa ante la vida y en el verso", tomada la obra en conjunto, merece parabienes, si no precisamente por su originalidad, sí sobre todo por el medio donde se produce, y además porque siempre será labor encomiable la de quien con entusiasmo y cariño se acerca a repasar asuntos tan nobles como el presente y que muchos consideran como ya exhaustos para motivar nuevos comentarios.

No se trata de una biografía, ni de un estudio total, de conjunto, de la labor teresiana. Son estos catorce capítulos a manera de **estampas**, en las que al dato biográfico o histórico, se junta el comentario artístico, o la crítica literaria, o se salpimenta todo con la anécdota escogida en el variadísimo campo que de ellas nos ofrece la variada y pintoresca vida de la Reformadora del Carmelo, y la de sus gigantes colaboradores San Juan de la Cruz y San Pedro de Alcántara.

La última observación que queremos apuntar es, que esta es la hora en que historiadores y críticos de las más diversas tendencias, no han podido ni probar, ni siquiera encontrar filón por donde ir a probar, las relaciones amorosas que el señor Reyes falsamente le imputa a Felipe II con la princesa de Eboli. Bástenos citar entre cien, al acucioso danés Bratli, a quien nadie tildará de sospechoso en la materia.

Pedro P. Barnola, S. J.